

sesionaron de muchas islas en los mares griegos disputadas á su poder por los venecianos, y llegarán á constituir en Sicilia una civilización tan brillante como la misma civilización andaluza. Ésta, cuyas artes y ciencias compitieron indudablemente con las más luminosas de todos los siglos, mantuvo, en el terror teocrático de tiempos muy oscuros, el estudio de la Naturaleza y el amor á la Naturaleza, enlazando con esmaltado y damasquinado anillo las ciencias antiguas con las ciencias del Renacimiento. Pero, proclamando estos servicios de la civilización árabe, no podemos desconocer como el principio fatalista encerrado en sus dogmas ha traído su rápida decadencia y ha gangrenado en la servidumbre y en el fanatismo territorios hermosos y pueblos privilegiados del planeta. Lo cierto es que las tres ciudades generadoras del Cristianismo en su primera fase, las tres, Jerusalén, depositaria de la idea divina; Bizancio, erigida contra el paganismo incurable de Roma; y Alejandría, en cuyos sistemas platónicos y sincréticos encontró nuestra Teología su eterna Metafísica, las tres pertenecen hoy á los musulmanes, ya semitas, ya mongoles. Y no trae pocas aflicciones á nuestro siglo esta dominación del Koran en las tierras del Norte de África y este culto prestado al Koran, así en la Basílica de Santa Sofía, tan humillante para todos los griegos, como en la mezquita de Omar, próxima de antiguo al sepulcro del Salvador, y tan humillante para todos los cristianos. Cuando en el octavo siglo ganaban los árabes en el Guadalete y en el Guadalquivir y en el Guadiana y en el Tajo sus fáciles victorias; y cuando en el siglo décimo-tercio entraban los mongoles en Jerusalén, ¿quién les hubiera dicho que las consecuencias de sus esfuerzos y de sus triunfos habían de venir hasta nosotros y pesar sobre un siglo como nuestro siglo décimo-nono, y sobre una gente como nuestra gente europea?

Si tales hechos trascienden á nuestros días, cuanto más trascenderá la división del poder temporal y el poder espiritual, ó sea, la perdurable lucha entre la Iglesia y el Imperio. Todavía en los concordatos entre Roma y los diversos Estados, en las colaciones de beneficios, en la presentación ó nombramiento de prelados, en los presupuestos eclesiásticos, en las competencias acerca de la intervención indispensable al Estado para la organización del matrimonio, en los presupuestos eclesiásticos enciérrase tan enorme cuestión, cuyos orígenes frisan con el alba de los tiempos pasados y cuyas consecuencias llegarán hasta la consumación de todos los tiempos. El canciller Bis-

marck aseguraba en solenne debate sobre las celebérrimas leyes de Mayo, que las divisiones del poder espiritual y el poder temporal, databan de la troyana guerra, en que riñeron tantas veces el adivino Calcas y el rey Agamenon. Donde han vivido en larga separación los dos poderes, siempre ha pasado lo mismo. El profetismo hebreo, sin constituir una institución política los profetas, forjaba doctrinas favorables á su predominio, y las mantenía en oposición abierta y casi en guerra implacable frente á frente, y aun contra de los reyes. Pero en todo el trascurso de los antiguos tiempos, el Estado tomaba unas veces carácter teocrático y otras veces carácter autocrático. Los poderes religiosos, ó lo eran todo absolutamente, ó no eran absolutamente nada. En Asia el sacerdocio acaparó los Estados; en Grecia y Roma los Estados acapararon el sacerdocio. No hubo, pues, separación entre la potestad política y la potestad religiosa. El estoicismo propuso esta separación, trazando como ideal de una sociedad bien organizada un sacerdocio encargado de la moral y de la ciencia, y un cuerpo exclusivamente político encargado de la realidad. En la Noche-Buena inolvidable del ochocientos, cuando el Papa se quedó con la dirección espiritual del mundo católico, dejando á Carlo-Magno la dirección material, consumóse la separación propuesta por los estóicos antiguos con tan grande antelación. El imperio carolingio se acabó al advenimiento de los débiles sucesores de Carlo-Magno y al choque con los bárbaros, viniendo un predominio de la Iglesia sobre el imperio extendido del siglo noveno al siglo décimo-tercio, ó sea, cuatrocientos años. En este intervalo Francia, Italia, se habían separado del imperio. Este quedaba residiendo de derecho en Roma, pero siempre que necesitaba ó pretendía ir á su capitalidad honoraria ó no podía entrar, ó entraba por ministerio y con auxilio de la fuerza. El Papa unas veces le combatía en nombre de la democracia italiana como combatió á Barbaroja, y otras veces le llamaba con anhelo á que le auxiliara contra Italia como llamó á los Othones. Así, aquel César, entre alemán y romano, resultaba como una especie de Presidente abstracto, pues tenía el mundo sobre la mano, pero no bajo la mano. Electiva la monarquía imperial, faltábale aquella fuerza tomada en tiempos de castas hereditarias y hereditarios privilegios por el viejo principio monárquico. Rey de Italia y emperador de Alemania, ni ciudades, ni señoríos, ni repúblicas, ni régulos sometidos nominalmente, ni monarquías vasallas, le prestaban el homenaje verdadero de

la sumisión y de la obediencia. Sin embargo, la Iglesia lo combatió siempre, y tomando por pretexto el que la casa de Suabia se había constituido en realeza tradicional, cortándose un reino al Mediodía de Italia y en Sicilia, excomulgó á Federico II y descabezó á Coradino, como el protestantismo á María Estuardo y como la revolución á Carlos I y á Luís XVI. El imperio desapareció casi al desaparecer la casa de Sicilia. Una sombra quedó tan sólo en Alemania, pero no logró Roma suprimir el poder político y civil, suprimiéndola casi, todo lo contrario, declaráronse los reyes de derecho divino para demostrar cómo no necesitaban de los Papas. Los primeros en iniciar esta separación, fueron los reyes de Aragón, sucesores en Sicilia de la casa de Suabia; y los que más lejos la llevarán, fueron los reyes de Francia, grandes separatistas, y fautores capitales del Cisma de Occidente, del Cautiverio de Aviñón, y de la ruina de los templarios. El poder monárquico empezó así la política laica y civil, cuyas consecuencias tocamos en nuestros días.

El imperio griego se había distinguido en la Edad media del imperio latino y del Pontificado universal en que nunca jamás cayó á los piés del mundo bárbaro y germánico. Constantinopla no tuvo Alaricos, Odoacos. Pipinos, Carlomagno, Othones, Barbarojas, aquella especie de dueños, originarios de Germania unos y otros en el espíritu de Germania empapados completamente. Cuando los mongoles ó tártaros advinieron, Constantinopla murió sin rendirse, ni entregarse á la barbarie, como se rindiera y entregara Roma. Bizancio no había dejado constituirse un sacerdocio, compitiendo y rivalizando con el imperio: todo César bizantino aparece como jefe de la Iglesia, pues el Patriarcado erigido en odio á Roma se reduce á una capellanía del Palacio imperial. No aparece, al resplandor de la historia verdadera, Bizancio, ni tan uniforme, ni tan decadente, ni tan invariable como dice un vulgar y superficial sentido. Aunque hayan constituido imperios en el siglo noveno los búlgaros, y en el siglo décimo-cuarto los servios frente al imperio griego; aunque la gente latina se haya creído por algunos momentos instalada en aquel trono para toda una eternidad; aunque las cruzadas se formaran en socorro á Jerusalén y en azote á Bizancio; aunque los venecianos contrastaran siempre á los bizantinos y los turcos se alzarán en el Asia Menor con amenazadora prepotencia; el imperio heleno se restablece pronto del daño inferido por la cuarta cruzada y de las pasajeras aventuras

latinas recobrando los tres mares, á su poder cerrados por tantas desgracias, y yendo hasta el Peloponeso por obra de las fuerzas ganadas en su restauración y robustecimiento. Pero, cuando había predominado sobre búlgaros, venetos, servios; traído á sumisión los señoríos del Epiro y la Ática; puesto un límite á las ambiciones de Venecia con tanta pujanza como felicidad; la tromba descendida de los desiertos tártaros á Palestina, pasando de Palestina y sus sacros alrededores al Asia Menor, amenaza desplomarse terrible sobre Constantinopla, reducida de territorio frente á tal mundo ilimitado, y con pocas fuerzas frente á una raza inagotable. Dos siglos duró el combate de griegos y turcos, sucumbiendo al cabo los menos, pero con esfuerzo tan heroico, y en sacrificio tan sublime que no ilustró el primer Constantino su nombre tanto con la fortuna de fundar á Constantinopla como lo ilustró el último con la desgracia de perderla en tan grande ocasión eternamente renombrada y gloriosa. El imperio no pudo salvar á Grecia, ni el Pontificado constituir Italia. En el exceso de su cosmopolitismo los Papas hicieron de Roma la provincia de las provincias y sacrificaron la capitalidad y sus primacías históricas al mundo entero. Por la necesidad que tenía el Papa católico de ir con todas las naciones católicas, se quedó la Italia sin ser ella nación hasta nuestros días. El Papa entregó á los carlovingios Italia en cambio de su patrimonio personal; y los carlovingios no supieron defenderla ni de los bárbaros al Norte, ni de los griegos al Mediodía. El Papa, cuando los reyes lombardos más trabajaban por constituir el Estado italiano, disolvieron tal Estado en el Pandemonium de la Europa imperial y pontificia. El Papa hizo de Roma la capital del imperio. El Papa, cuando se disiparon los carlovingios, llamó á los Othones, para que constituyeran una dinastía extranjera entre las dos dinastías que se disputaban la supremacía en Italia. El Papa, en odio á los Suabias ya italianizados, favorece á los terribles angevinos, y provoca las vísperas Sicilianas. El Papa, no sólo compromete su poder espiritual en la defensa de su poder temporal, sino que para enaltecer y agrandar éste constituye un Estado en el centro de la península que impide la unidad italiana. Y ya véis como está nuestro siglo, el poder temporal de los Papas ha muerto, y el poder temporal de los Califas vive, mientras designa el mundo un heredero á la preciada joya que se llama Constantinopla. Lo repito, el problema europeo viene de muy lejos, y á muy lejos habrá de dilatarse antes que reciba sus soluciones definitivas y supremas.